

Aventuras y desventuras de la etimología del vocablo *arroba*

Por **J. Eduardo Scarso Japaze** *

El vocablo *arroba*

Parece ley natural que cada generación se proponga recrear la vida con los consiguientes alardes iconoclastas dirigidos contra quienes los han precedido en este ya largo deambular de los hombres sobre la Tierra. Como la tarea es ardua y en ella inevitablemente los jóvenes maduran, estas revueltas suelen resignarse a la incorporación de algún nuevo uso o costumbre; plano predilecto para estas módicas hazañas que todos alguna vez hemos acometido, el lenguaje suele mostrar las marcas del paso de una generación. Indudablemente, si una palabra sintetiza esta era de las comunicaciones por Internet es *arroba*, y hasta se diría que su símbolo, @, es el verdadero emblema del mundo digital. Sin ánimo de contradicciones, vamos a demostrar que *arroba* no es una recién venida y, de paso, procuraremos



* Director del Centro Cultural de la Universidad Notarial Argentina y Museo Roberto N. Arata.

reconstruir el camino que la palabra ha recorrido en sus cinco siglos de rodar mundo.

Para empezar, digamos que es una palabra originada en el Medioevo español que, como tantas otras, reconoce un étimo árabe, en este caso: *ar-rob'*, es decir, el artículo *al* devenido en *ar* (el), y *rob'* (cuarto), es decir, el cuarto o un cuarto o una cuarta parte (1/4). Se trata, pues, de una medida de peso y a veces también de volumen, usada en la península ibérica y que llegó hasta nuestra América en las propias naos del Gran Almirante. Que estaba en uso generalizado a fines del siglo XV ha quedado establecido por las investigaciones del profesor Giorgio Stabile, de la Universidad La Sapienza de Roma, quien encontró la palabra *arroba* en un diccionario español-latín fechado nada menos que en 1492, con el sentido de “un cuarto”, que lo hacía equivalente de “ánfora”. Y también descubrió que para 1536 ya se usaba en Italia, en el mundo de los navegantes venecianos y genoveses.

Ahora bien: ¿“un cuarto” de qué? En principio, un cuarto de “quintal” (otra voz de origen árabe), equivalente a 11,50 kg, aunque cabe aclarar que había varias *arrob*as. Estaba la *arroba* castellana, equivalente a 25 libras o 230.400 granos (y cada grano pesaría aproximadamente 8 mg); la *arroba* de aceite, de 12,56 litros, y finalmente la *arroba* de vino en la que, de acuerdo con el *Manual del Ingeniero* de Hütte, 4 *arrob*as representaban 1 quintal, o 100 libras o 1.600 onzas; esta *arroba* de vino se usó tanto en Castilla como en León, Asturias, Andalucía y Extremadura, todas regiones de donde vinieron gentes a América, en cuyo interior profundo se siguió usando hasta hace poco. Como estas cuestiones de las pesas y medidas siempre han dado origen a controversias, no ha de extrañarnos el contenido de esta coplita catamarqueña:

*Ya he juntado las vainitas
que han dado mis algarrob*as.
*Si no es que el almacenero
de pura ambición me roba
yo diría que de juro
eran más de cuatro arrobas.*

El signo @

Como dicen los semiólogos, pasemos de la cosa en sí a su símbolo: la famosa @, lo que los italianos llaman *chiocciola* (caracol); los sudafricanos, “cola de mono” y, por otras latitudes, “trompa de elefante”. Tampoco la @ es nueva, sino que surgió hace siglos como abreviatura del latín “ad” y luego del inglés “at”; era necesario acortar las palabras para ahorrar el costosísimo pergamino en que se escribía. En la 12ª edición del *Diccionario de la Lengua Castellana*, ya por 1884, al lado de la palabra *arroba* se imprimía el signo @.

Dado su uso en el inglés comercial, la expresión *at the price of 25 cents every one* solía abreviarse por un simple @25. Cuando comenzaron a fabricarse máquinas de escribir el signo se incorporó, pero después de mediados del siglo XX comenzó a caer en desuso y los fabricantes consideraban seriamente la po-

sibilidad de eliminarlo. Sin embargo, por el peso de la tradición se trasladó a los primeros teclados de computadora; al estar allí medio inútilmente, en 1971 Ray Tomlinson –uno de los promotores de la comunicación por lo que sería Internet– resolvió usarlo como separador entre el nombre del usuario de un correo electrónico y el del servidor que prestaba la conexión. El uso se impulsó inmediatamente y se ha transformado, a partir de ello, en una parte de la identidad personal contemporánea.

El paso siguiente fue el sobreabundante empleo del signo @ en el lenguaje publicitario, donde se lo usa para connotar una adecuación a los tiempos: cuando en una palabra se intercala la @, subliminarmente se intenta decir que se trata de un producto, servicio o empresa que es parte de la era cibernética. Adicionalmente, es común encontrarlo en expresiones como *amig@s*, lo que va en una dirección así llamada “políticamente correcta”: al parecer, el viejo “amigos” no es suficientemente explícito de un universo en el que cohabitan hombres y mujeres, con igualdad de derechos y sin antelaciones o preferencias por un sexo u otro.